

EL ÁRABE PATRIOTA DE ARGELIA

ABD-EL-KADER, nombre que significa « siervo de Dios poderoso » era un árabe de Argelia, nacido en 1807, y hombre de notable carácter, de elegante y airosa figura y de gran fuerza y resistencia físicas. Nadie le aventajaba en valor, poseía elevada cultura y nobilísimo concepto del deber y del honor. Ejercía también gran influencia benéfica sobre todos aquellos con quienes trataba. A los veintiséis años dejó su vida de estudio y de meditación religiosa para guiar a su pueblo como sultán contra los invasores franceses, y durante catorce años procuró libertar a Argelia del yugo extranjero, y formar una gran nación árabe.

Solo, o con algunos pocos jinetes, se presentaba en una apartada región de las Montañas del Atlas, o en el Sahara y hacía que se le uniesen millares de guerreros. Cuando los franceses preveían un ataque por retaguardia, los acometía de súbito por el frente. Sabía hacer blanco con precisión aun corriendo jinete en su negro caballo árabe, veloz como un rayo, y se desmontaba a veces para entrar en una ciudad e incitar a la población a defender el país y la religión. Trataba a sus prisioneros como a huéspedes y les daba dinero, ropa y comida, cosa digna de notarse, pues antes los árabes mataban a sus prisioneros. Una vez sus soldados hicieron prisioneras a algunas mujeres y al presentárselas las puso en libertad, exclamando airado: « Los leones atacan a los animales fuertes, solamente los chacales se arrojan sobre los débiles ».

Abd-el-Kader y sus valientes secuaces carecían muchas veces de suficiente comida, o galopaban varios días seguidos por los desiertos arenosos. En una ocasión, en que estaban comiendo bellotas, le presentaron una oveja descarriada. « Llevadla a mis soldados que están desfallecidos »—dijo.

Pero los recursos de Francia eran ilimitados y si bien fueron enviadas inútilmente muchas tropas al principio de la campaña, por fin cien mil soldados disciplinados lograron vencer al pequeño resto de las fuerzas árabes. Aun entonces, cuando Abd-el-Kader vagaba, ya casi sin partidarios, era tal el terror que su nombre infundía, que los franceses tenían que sostener en pie de guerra un ejército numeroso.

Aquel valiente no se rindió hasta que en 1847 su causa llegó a ser extremadamente desesperada, pero lo hizo con la condición de que él y su familia podrían vivir a su elección en Alejandría o en S. Juan de Acre. Esta promesa quedó incumplida, pues fué retenido en Francia como prisionero durante muchos años. Le ofrecieron riquezas, un castillo y guardia de honor; todo lo rehusó indignado y pidió a Francia el cumplimiento de la palabra dada. En 1852 Luis Napoleón hizo

cumplir el compromiso y lo puso en libertad.

En 1860 los turcos se amotinaron contra los cristianos de Damasco donde vivía a la sazón Abd-el-Kader, quien, con algunos soldados argelinos, salvó la vida a 15.000 personas, por lo cual desde aquel tiempo llovieron sobre él honores y distinciones, hasta su muerte acaecida en 1883.

UN PRÍNCIPE QUE RENUNCIÓ A SU LIBERTAD

EN la Edad Media, Ceuta, hoy plaza española situada en la costa Noroeste de África, era un foco de piratería, y el rey Juan de Portugal con sus hijos hicieron una expedición a esta ciudad, la conquistaron y libertaron a los cristianos que gemían allí prisioneros. Diez y ocho años más tarde, en 1433, murió el rey Juan y poco después Enrique y Fernando, dos hijos suyos, sitiaron a Tánger, ciudad más apartada a lo largo de la costa.

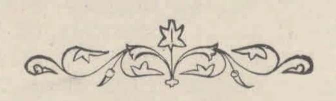
Pero los moros, con sus aliados, vencieron y coparon al reducido ejército que no pudo llegar a sus barcos; no tenía provisiones y se vió forzado a dar a los moros un rehén en garantía de la entrega de Ceuta. El príncipe Fernando se ofreció, y su hermano hubo de consentir en ello y despedirse de él. Su hermano mayor mandó una flota a Ceuta, pero nada consiguió, y el príncipe Fernando continuó prisionero.

Pronto se enojaron los moros de que no se mandara el rescate, y de que no les fuera entregada Ceuta, y para vengarse maltrataban al príncipe y le hacían padecer hambre; pero su madre, Felipa, hija de Juan de Gante, le había educado para ser un hombre digno de su alcurnia, por lo cual sufrió sus tribulaciones con paciencia, soportándolo todo para que Ceuta siguiera en poder de sus compatriotas cristianos.

El rey, su hermano, procuró reunir un ejército para libertarle, pero se contagió de la peste que en aquel tiempo desolaba a Portugal y murió de ella. Fué proclamado rey su hijo, niño de seis años, y el país quedó sumido en la anarquía, con lo que a medida que pasaban los años era cada vez menor la esperanza que de ser libertado podía tener el príncipe Fernando.

Dos reyes de España, sin embargo, movidos de admiración y lástima por el príncipe, intentaron atacar a Tánger y libertarle; pero con esto sólo se consiguió que fuera internado y enviado al rey de Fez, quien al principio metió al ilustre prisionero en una mazmorra sin luz ni ventilación, y luego le hizo trabajar entre los esclavos cristianos; pero Fernando era tan bondadoso para con ellos y se portaba con tanta nobleza, que hasta el rey de Fez manifestó la admiración que le causaba su comportamiento.

Después de diez años de cautiverio, para honor de su patria, el valeroso príncipe Fernando murió; y su memoria es muy grata a los portugueses que le llaman el Príncipe Constante. El dramaturgo español, Calderón de la Barca, escribió también un magnífico drama, cuyo héroe y protagonista es el príncipe Fernando. Aunque su vida fué sacrificada, al parecer en vano, Ceuta no ha dejado desde entonces de ser posesión de los cristianos, porque cuando dejó de pertenecer a Portugal, pasó a ser de los españoles. Así se consiguió, en realidad, el objeto por el que el Príncipe Fernando dió su vida: el gobierno de un príncipe cristiano en Ceuta.



El Libro de hechos heroicos

EL TAMBORCILLO SARDO

EN la primera jornada de la batalla de Custoza, el 24 de Julio de 1848, sesenta números de un regimiento de infantería italiana, enviados a una altura para ocupar cierta casa solitaria, se vieron de repente asaltados por dos compañías de soldados austriacos que, atacándolos por varios lados, apenas les dieron tiempo de refugiarse en la morada y reforzar precipitadamente la puerta, después de haber dejado algunos muertos y heridos en el campo. Asegurada la puerta, los soldados acudieron a las ventanas del piso bajo y del primer piso y empezaron a hacer certero fuego sobre los sitiadores, los cuales, acercándose poco a poco, colocados en forma de semicírculo, respondían vigorosamente. Mandaban los sesenta soldados italianos dos oficiales subalternos y un capitán viejo, alto, seco, severo, con el pelo y el bigote blancos; estaba con ellos un tamborcillo sardo, muchacho de poco más de catorce años, que representaba escasamente doce, de cara morena aceitunada, con ojos negros y hundidos que echaban chispas. El capitán, desde una habitación del piso primero, dirigía la defensa, dando órdenes que parecían pistoletazos, sin que se viera en su cara de hierro ningún signo de conmoción. El tamborcillo, un poco pálido, pero firme sobre sus piernas, subido sobre una mesa, alargaba el cuello, agarrándose a las paredes para mirar fuera de las ventanas, y veía a través del humo, por los campos, las blancas divisas de los austriacos, que iban avanzando lentamente. La casa estaba situada en lo alto de escabrosísima pendiente, y no tenía en la parte de la cuesta más que una ventanilla alta, correspondiente a un cuarto del último piso; por eso los austriacos no amenazaban la casa por aquella parte, y en la cuesta no había nadie: el fuego se hacía contra la fachada y los dos flancos.

Pero era un fuego infernal, una nutrida granizada de balas, que por la parte de afuera rompía paredes y despedazaba tejas, y por dentro deshacía techumbres, muebles, puertas, arruinándolo todo, arrojando al aire astillas, nubes de yeso y fragmentos de trastos, de útiles, de cristales, silbando, rebotando, rompiéndolo todo con un fragor que ponía los pelos de punta. De cuando en cuando, uno de los soldados que tiraban desde la ventana caía dentro, al suelo, y era echado a un lado. Algunos iban vacilantes de cuarto en cuarto, apretándose las heridas con las manos. En la cocina había ya un muerto, con la frente abierta. El cerco de los enemigos se estrechaba. Llegó un momento en que se vió al capitán, hasta entonces impasible, dar muestras de inquietud y salir precipitadamente del cuarto, seguido de un sargento. Al cabo de tres minutos, volvió a la carrera el sargento y llamó al tamborcillo, haciéndole seña de que le siguiese. El muchacho obedeció, subiendo a escape por una escalera de madera, y entró con él en una buhardilla desmantelada, donde vió al capitán que escribía con lápiz en una hoja, apoyándose en la ventanilla, y teniendo a sus pies sobre el suelo una soga.

El capitán dobló la hoja y dijo bruscamente, clavando sobre el muchacho sus pupilas grises y frías, ante las cuales todos los soldados temblaban: «¡Tambor!» El tamborcillo se llevó la mano a la visera. El capitán dijo: «¿Tú tienes valor?» Los ojos del muchacho relampaguearon. «Sí, mi capitán», respondió. «Mira allá abajo—dijo el capitán llevándole a la ventana,—en el suelo, junto a la casa de Villafranca, donde brillan aquellas bayonetas. Allí están los nuestros inmóviles. Toma este papel, agárrate a la cuerda, baja por la ventanilla, atraviesa a escape la cuesta, corre por los campos, llega adonde están los nuestros, y da el papel al primer oficial que veas. Quítate el cinturón y la mochila».

El tambor se quitó el cinturón y la mochila, y se colocó el papel en el bolsillo del pecho; el sargento tiró fuera la

cuerda y agarró con las dos manos uno de los extremos; el capitán ayudó al muchacho a saltar por la ventana, vuelto de espalda al campo. «Ten cuidado — le dijo; — la salvación del destacamento está en tu valor y en tus piernas». «Confíe usted en mí, mi capitán», dijo el tambor echándose fuera de la ventana. «Agáchate al bajar», dijo aún el capitán agarrando la cuerda a la vez que el sargento. «No tenga usted cuidado». «¡Dios te ayude!»

A los pocos momentos el tamborcillo estaba en el suelo; el sargento recogió la cuerda, y desapareció; el capitán se asomó precipitadamente a la ventanilla, y vió al muchacho que corría por la cuesta abajo.

Esperaba ya que hubiese conseguido huir sin ser observado, cuando cinco o seis nubecillas de polvo que se destacaron del suelo, delante y detrás del muchacho, le advirtieron que había sido descubierto por los austriacos, los cuales tiraban hacia abajo desde lo alto de la cuesta. Aquellas pequeñas nubes eran la tierra echada al aire por las balas. Pero el tambor seguía corriendo precipitadamente. Al cabo de un rato, exclamó consternado: «¡Muerto!» Pero no había acabado de decir la palabra, cuando vió levantarse el tamborcillo. «¡Ah, no ha sido más que una caída!», dijo para sí, y respiró. El tambor, en efecto, volvió a correr con todas sus fuerzas, pero cojeaba. «Se ha torcido un pie», pensó el capitán. Alguna nubecilla de polvo se levantaba aquí y allá, en torno del muchacho, pero siempre más lejos. Estaba salvo. El capitán lanzó una exclamación de triunfo. Pero siguió acompañándolo con los ojos, temblando, porque era cuestión de minutos. Si no llegaba pronto abajo con la esquela en que pedía inmediato socorro, todos sus soldados caían muertos, o tenían que rendirse y caer prisionero con ellos. El muchacho corría rápidamente un rato; después detenía el paso cojeando; tomaba carrera luego de nuevo, pero a cada instante necesitaba detenerse. «Quizá ha sido una contusión en el pie por una bala», pensó el capitán. Y reparaba temblando todos sus movimientos; y excitado le hablaba como si pudiese oirle. Medía incesantemente con la vista el espacio que mediaba entre el muchacho que corría y el círculo de armas que veía allá lejos, en la llanura, en medio de los campos de trigo, dorados por el sol. Entretanto oía el silbido y el estruendo de las balas en las habitaciones de abajo, las voces de mando, los gritos de rabia de los oficiales y sargentos, los agudos lamentos de los heridos y el ruido de los muebles que se rompían y del yeso que se desmoronaba. «¡Ánimo! ¡Valor! — gritaba, siguiendo con la mirada al tamborcillo que se alejaba. — ¡Adelante! ¡Corre! ¡Se para!... ¡Maldición! ¡Ah, vuelve a emprender la marcha!» Un oficial sube anhelante a decirle que los enemigos, sin interrumpir el fuego, ondean un pañuelo blanco para intimar la rendición. «¡Que no se responda!», gritó el capitán, sin apartar la mirada del muchacho, que estaba ya en la llanura, pero no corría ya, parecía que se desalentaba al llegar. «¡Anda!... ¡Corre!... — decía el capitán apretando los dientes y los puños. — Desángrate, muere, desgraciado, pero llega». Después lanzó una imprecación horrible. «¡Ah! El infame holgazán se ha sentado». El muchacho, en efecto, cuya cabeza se había visto sobresalir hasta entonces por encima de un campo de trigo, se había perdido de vista, como si hubiese caído. Pero al cabo de un momento su cabeza volvió a verse fuera: al fin se perdió detrás de los sembrados, y el capitán ya no le vió más. Entonces bajó impetuosamente: las balas llovían; los cuartos estaban llenos de heridos, algunos de los cuales daban vueltas como borrachos, agarrándose a los muebles; las paredas y el suelo estaban teñidos de sangre; los cadáveres yacían en los umbrales de las puertas; el teniente tenía el brazo derecho destrozado por una bala; el humo y la pólvora lo envolvían todo. «¡Ánimo! — gritó el capitán; — ¡Firmes

en sus puestos! ¡Van a venir socorros! ¡Un poco de valor aún! » Los austriacos se habían acercado más; se veían ya entre el humo sus caras descompuestas; se oía, entre el estrépito de los tiros, su gritería salvaje que insultaba, intimaba la rendición y amenazaba con el degüello. Algún soldado, aterrorizado, se retiraba detrás de las ventanas, y los sargentos lo empujaban hacia adelante.

Pero el fuego de los sitiados aflojaba, el desaliento se veía en todos los rostros; no era ya posible llevar más allá la resistencia. Llegó un momento en que el ataque de los austriacos se hizo más violento, y una voz de trueno gritó, primero en alemán, en italiano después: « ¡Rendíos! » « ¡No! », gritó el capitán desde una ventana. Y el fuego volvió a empezar más rabioso por ambas partes. Cayeron otros soldados. Ya había más de una ventana sin defensores. El momento fatal era inminente. El capitán gritaba con voz que se le ahogaba en la garganta: « ¡No vienen! ¡No vienen! » Y corría furioso de un lado a otro, arqueando el sable con su mano convulsa, resuelto a morir. Entonces un sargento, bajando de la buhardilla, gritó con voz estentórea: « ¡Ya llegan! ». « ¡Ya llegan! », repitió con un grito de alegría el capitán. Al oir aquellos gritos, todos, sanos, heridos, sargentos, oficiales, se asomaron a las ventanas, y la resistencia se redobló ferozmente otra vez. De allí a pocos instantes se notó una especie de vacilación y un principio de desorden entre los enemigos. De pronto, muy de prisa, el capitán reunió algunos soldados en el piso bajo para contener el ímpetu de fuera, con bayoneta calada. Después volvió arriba. Apenas llegó, oyó un rumor de pasos precipitados, acompañado de un ¡*hurra*! formidable, y vieron desde la ventanas avanzar entre el humo los sombreros apuntados de los carabineros italianos, un escuadrón a escape tendido, y un brillante centelleo de espadas que hendían el aire en molinete por encima de las cabezas, sobre los hombros y encima de las espaldas; entonces el pequeño piquete reunido por el capitán salió a bayoneta calada fuera de la puerta. Los enemigos vacilaron, se revolvieron, y al fin emprendieron la retirada: el terreno quedó desocupado, la casa estuvo libre, y poco después dos batallones de infantería italianos y dos cañones ocuparon la altura.

El capitán, con los soldados que le quedaron, se incorporó a su regimiento, peleó aún, y fué ligeramente herido en la mano izquierda, de una bala rebotada en el último ataque a la bayoneta. La jornada acabó con la victoria de los italianos.

Pero al día siguiente, habiendo vuelto a combatir, los italianos fueron vencidos, a pesar de su valerosa resistencia, por mayor número de austriacos, y la mañana del 26 tuvieron tristemente que retirarse hacia el Mincio.

El capitán, aunque herido, anduvo a pie con sus soldados, cansados y silenciosos, y llegaban al ponerse el sol a Goito, sobre el Mincio; buscó en seguida a su teniente, que había sido recogido, con el brazo roto, por una *ambulancia*, y debía haber llegado allí antes que él. Le indicaron una iglesia donde se había instalado precipitadamente el hospital de campaña. Se fué allí; la iglesia estaba llena de heridos colocados en dos filas de camas y de colchones extendidos sobre el suelo; dos médicos y varios practicantes iban y venían afanados, y oíanse gritos ahogados y gemidos.

Apenas entró el capitán, se detuvo y dirigió una mirada a su alrededor en busca de su oficial.

En aquel momento se oyó llamar por una voz apagada, muy próxima: « ¡Mi capitán! ».

Se volvió: era el tamborcillo.

Estaba tendido sobre un catre de madera, cubierto hasta el pecho por una tosca cortina de ventana, de cuadros rosa y blancos, con los brazos fuera, pálido y demacrado, pero siempre con sus ojos brillantes como dos ascuas. « ¡Cómo!, ¿eres tú?—le preguntó el capitán admirado, pero bruscamente.— ¡Bravo; has cumplido con tu deber! ».

«He hecho lo posible», respondió el tambor. «¿Estás herido?», dijo el capitán buscando con la vista a su teniente en las camas próximas. «¡Qué quiere usted!—dijo el muchacho, a quien daba alientos para hablar la honra de estar herido por vez primera, sin lo cual no hubiera osado abrir la boca ante aquel capitán.—Corrí mucho con la cabeza baja; pero aun agachándome, me vieron al instante. Hubiera llegado veinte minutos antes, si no me alcanzan. Por fortuna encontré pronto a un capitán de Estado Mayor, a quien di la esquela. Pero me costó gran trabajo bajar, después de aquella caricia. Me moría de sed; temía no llegar ya; lloraba de rabia, pensando que cada minuto que tardaba se iba uno al otro mundo, allá arriba. Pero en fin, he hecho lo que he podido. Estoy contento. ¡Pero mire usted—y dispense, mi capitán—que pierde usted sangre!» En efecto; de la palma de la mano, mal vendada, del capitán corría alguna gota de sangre. «¿Quiere usted que le apriete la venda, mi capitán? Permítame un momento». El capitán dió la mano izquierda, y alargó la derecha para ayudar al muchacho a hacer el nudo y atarlo; pero el chico, apenas se alzó de la almohada, palideció, y tuvo que volver a apoyar la cabeza. «¡Basta, basta!—dijo el capitán, mirándolo y retirando la mano vendada que el tambor quería retener.—Cuida de lo tuyo en vez de pensar en los demás, que las cosas ligeras, descuidándolas, pueden hacerse graves». El tamborcillo movió la cabeza. «Pero tú—le dijo el capitán mirándole atentamente—debes haber perdido mucha sangre para estar tan débil». «¿Perdido mucha sangre?—respondió el muchacho sonriendo. — Algo más que sangre. ¡Mire!» Y se echó abajo la colcha. El capitán dió un paso atrás, horrorizado. El muchacho no tenía más que una pierna; la pierna izquierda se la habían amputado por encima de la rodilla: el muchacho estaba vendado con paños teñidos de sangre. En aquel momento pasó un médico militar, pequeño y gordo, en mangas de camisa. «¡Ah, mi capitán!—dijo rápidamente señalando al tamborcillo—; he aquí un caso desgraciado: esa pierna se habría salvado con nada, si él no la hubiese forzado de aquella mala manera. ¡Maldita inflamación! Fué necesario cortar así. Pero es un valiente, se lo aseguro; no ha derramado una lágrima, ni se le ha oído un grito. Estaba yo orgulloso, al operarlo, de que fuese un muchacho italiano: palabra de honor. Es de buena raza, a fe mía». Y siguió su camino. El capitán arrugó sus grandes cejas blancas, y miró fijamente al tamborcillo, subiéndole la colcha; después, lentamente, casi sin darse cuenta de ello, y mirándole siempre, levantó la mano hasta la cabeza y se quitó el kepis. «¡Mi capitán!—exclamó el muchacho admirado.—¿Qué hace, mi capitán? ¡Por mí!» Y entonces aquel tosco soldado, que no había dicho nunca una palabra suave a un inferior suyo, respondió con voz dulce y extremadamente cariñosa: «Yo no soy más que un capitán; tú eres un héroe». Después se arrojó con los brazos abiertos sobre el tamborcillo, y le besó cariñosamente con todo su corazón.

